

Otras en aparentar que no tienen ojos ni oídos.

Un escritor muy discreto dice que el baile es á los quince años un placer; á los veinte y cinco un pretexto, y á los cuarenta un cansancio.

Tal vez fuera más exacta la gradacion en estos términos:

El baile á los quince años es una necesidad orgánica; á los veinte y cinco es una necesidad moral; á los cuarenta es una necesidad social.

El baile es, pues, en las mujeres una necesidad: y como no parece justo que las mujeres bailen solas, el baile es en los hombres una necesidad *por compromiso*, como si dijéramos un acto de justicia.

Así considerados, los hombres que bailan nos parecen menos ridículos.

Así considerados, puede haber alguna diferencia, aunque no existe en gramática, entre los *que danzan* y los *danzantes*.

El teatro escribíamos no ha mucho, es el campo de Agramante para los corazones.

Un baile, escribimos ahora y sostendremos siempre, es el San Quintin de las ilusiones y de los amores castos.

El día en que los bailes mueran, deben vestirse de luto riguroso las coquetas.

CAPITULO DECIMO CUARTO.

LA MODA.

I.

En otros tiempos la moda era una reina despótica, que sólo tenía esclavas.

Hoy esa reina despótica tiene también esclavos.

Mientras más se esfuerzan los hombres en denostar á las mujeres, parece que ponen más empeño en asemejarse á ellas.

Mientras mayores agravios reciben de los hombres las mujeres, parece que ponen más empeño en asemejarse á ellos.

Los dos empeños son esencialmente ridículos.

Una mujer con corbata, chaleco, gaban y pantalones: y un hombre con sortijas, pulseiras, bermellon y rizos, tienen mucho que entender.

Esto es, tienen que entender que no entienden las leyes del buen gusto.

“De gustos no hay nada escrito,” dice el refran.

Este refran sería cierto en sus tiempos; hoy es absolutamente falso. De gustos se ha escrito tanto, que no habria gusto humano capaz de leerlo todo.

El buen gusto es un don como otro cualquiera.

No es esto decir que todos los dones sean de buen gusto.

Una morena vestida de color de rosa, ó una alemana con la mantilla española terciada, son dos tipos de tal belleza absoluta, que á quien los busque y los celebre hay que decirle con justicia: *no le alabo el gusto.*

La moda y el buen gusto no son palabras sinónimas.

El buen gusto es siempre uno, y la moda varía y se disfraza, y se contradice, y se copia.

La moda es la negacion del gusto y el ideal del capricho: es, al decir de Balzac, un ridículo sin objecion.

Si las mujeres se convencieran de esta verdad, cesaria pronto, ó por lo ménos se debilitaria mucho, el imperio de la moda.

Su trono está sostenido en hombros de las feas.

La mujer bella es siempre bella: la que no

lo es por naturaleza prueba á serlo por el arte: las variaciones de la moda son los diversos ensayos en que se ejercita para alcanzar el resultado que anhela.

Esos ensayos, necesarios en *unas*, dan la ley á *todas*.

Las hermosas no son sino coristas en la interminable zarzuela de la moda.

Si hemos de creer al ingeniosísimo Alfonso Karr, sólo una mujer de largo é insolente pié pudo dictar este decreto: “En lo sucesivo, la falda del vestido será larga, larga, hasta el suelo:” y el pié delicado y primoroso de mil beldades quedó envuelto en la proscripcion.

Sólo una mujer despechada por las proporciones de su cintura fué capaz de escribir este artículo en el código de la elegancia: “En adelante se usarán paletós y abrigos que no ciñan, que caigan en pliegues hasta la mitad del cuerpo:” y huyeron de la vista de los mortales mil talles esbeltos y flexibles como la palma que mece el viento blando de la noche.

Sólo una mujer en cuya cabeza fuera ya revelándose la nieve del corazon pudo discurrir este precepto: “Se restablece para el cabello el uso de los polvos blancos.” Y desapareció en mil cabezas coronadas por el amor, el brillo de unos rizos de ébano, y el encanto de una trenza de oro tejida por la mano de los ángeles.

No hay, pues, moda alguna en que la be-

lleza deba prometerse ganar: no hay moda alguna en la cual no se exponga evidentemente al peligro de perder.

La hermosura es la única moda que no envejece.

La virtud es la única moda que nunca ha de envejecer.

Lo que es de continuo un recurso de las feas, no puede ménos de ser una conspiracion permanente contra las hermosas.

Las mujeres no comprenden toda la fuerza de este principio, por una razón muy sencilla.

Porque ni hay ninguna, por inmodesta que sea, que juzgue su belleza insusceptible de aumento, ni hay tampoco ninguna tan humilde que juzgue su fealdad de todo punto irremediable é *indisimulable*.

La avaricia de atractivos, el anhelo de parecer mejor serán siempre estímulo poderoso que ocasione en las mujeres esa movilidad continua tan grata para la industria y el comercio de los extranjeros.

El genio francés, fecundo, inagotable en cuanto á las bagatelas de figurin, da el tono, puede decirse, á la sociedad europea.

Como rasgo característico de ese genio fran-

cés, hé aquí una anecdota que, en concepto de muchos, es historia:

Un dia predicaba en París el gran Massillon contra las vanidades de este mundo, y contra la moda por tanto, que es la síntesis de todas esas vanidades. Dominaba á la razon el furor por los lunares falsificados; y el elocuente sacerdote los reprobaba como medio semi-diabólico de atraer las miradas indiscretas. ¿Por qué, decia amargamente, no los pintais tambien en los hombros y en la garganta para acrecentar vuestra ficticia seducción, para alucinar hasta los límites de lo posible á vuestros incautos admiradores?

La leccion no fué desaprovechada. Al otro dia apenas se encontraba ya dama de tono que no ostentase en el cuello su lunar.

Este lunar recibia el nombre de *Massillon*.

En una noche de calor, una bailarina recogió sus cabellos de cierta manera particular. Antes de pocos meses dominaba aquel peinado en la cabeza de las soberanas, y en casi todas las cabezas que se peinan.

Aquella bailarina deberá su universal renombre, tanto como á la habilidad de sus piés, á la colocacion *improvisada* de sus cabellos.

Negarle esa gloria seria una pretension *descabellada*.

De hoy en adelante, que no peroren los críticos contra la fama y las gracias traídas *por los cabellos*.

Si todas las exigencias de la moda se limitasen á esa parte *capital* del ser viviente, la moda dejaría de ser la más ruinosa de todas las vanidades.

Y sin embargo, sigue siendo una calamidad imprescindible.

III.

La moda puede reputarse como la expresión del deseo de agradar.

Es este deseo tan natural en las mujeres, que, lejos de censurarlo, debiéramos aplaudirlo, siempre que se contenga en los justos límites y no invada el terreno de la afectación.

Las gracias más seductoras suelen á veces *desgraciarse* por el empeño inmoderado de acrecentarlas.

Mujeres hay que deben al cielo una belleza épica, y la convierten en belleza de saine-
te.

La moda, que en todo tiempo se ha considerado como una reina loca, parece que comienza á recobrar el juicio.

Esto debe consistir en que las mujeres bellas se van convenciendo ya de cuáles son sus verdaderos intereses.

El pudor, la sencillez, la naturalidad: hé

aquí tres grandes joyas cuya oportunidad nunca pasa; que siempre son de moda.

La abundancia de adornos será siempre un recurso: los recursos son para las necesidades.

En la sociedad actual amenaza invasión una moda que más ó menos tarde produciría resultados muy funestos.

Esa moda es la de desdeñar todas las modas.

Si algo pudiera probar esa excentricidad epidémica, sería la perversión del buen gusto.

Tan risible nos parece la tiránica presión de un sastre de Londres ó París que da el tono á toda la Europa que viste frac, como la anárquica emancipación, en cuya virtud llegase á no haber en Europa dos fraques de idénticas figuras y proporciones.

Para nosotros, los extremos son siempre indiscretos.

Si hay un loco más desatinado todavía que aquel que vive esclavo de la moda, es seguramente el que hace alarde de vivir sin ella y contra ella.

Es todo cuanto podemos ceder á las *conveniencias sociales*: á esas horribles *conveniencias*, que tienen el privilegio de empobrecer á los ricos y atormentar á los pobres.

La moda es la gran red donde se prenden, sin saberlo, las almas pequeñas, y donde á sabiendas se dejan prender las otras almas.

Un escritor de nota asegura que todo cuan-

to se concede á la moda se quita de ordinario á la razon; y una escritora apreciable tiene la debilidad de confesar que las mujeres acarician la moda porque les proporciona cada mes una nueva juventud.

En el concepto de esta señora, la moda no es otra cosa que un recurso de la vejez.

O lo que es lo mismo, las jóvenes bellas son cómplices inocentes en las asechanzas que ponen al tiempo, y á los defectos físicos las que no son jóvenes ni bellas.

Las primeras, creyendo favorecerse á sí mismas, favorecen los planes de sus enemigas.

Porque todo el mundo sabe quiénes son las enemigas de la juventud y de la hermosura.

Las segundas, acrecentando hasta donde es posible sus escasos atractivos, disminuyen cuanto es dable los atractivos de sus rivales.

De donde se infiere que la juventud y la belleza deben siempre mirar con prevención la despótica influencia de la moda.

El día en que la moda se circunscribe á las personas que de ella necesitan, está asegurado el imperio de la cordura.

Entonces la belleza se dividirá en dos clases principales: belleza de buena ley y belleza falsificada.

La falsificacion de la belleza será á su vez un crimen penado en el código del buen gusto.

La pena que se le imponga será EL RIDICULO.

CAPITULO DECIMO QUINTO.

LAS TERTULIAS.

Las tertulias son unos espectáculos gratis, cuya parte principal constituyen las mujeres.

Las tertulias de hombres solos, que, segun la diversidad de casos, se llaman academias, liceos y congresos, no entran para nada en estos APUNTES.

Esas tertulias vienen á ser la degeneracion de la especie.

La primera de que da razon la historia, se remonta al Paraiso.

Aquella tertulia que se celebró á la sombra del árbol de la vida, dió de sí consecuencias que se han perpetuado á través de los siglos y de las edades.